

HEINRICH, D.: *Die Stimmen aus der Unterwelt. Bob Dylans Mysteryspiele*. Múnich: C. H. Beck, 2016.

Alberto Ciria

Hace unos meses asistí a una conferencia de Heinrich Detering en la que este poeta-filólogo presentaba su recién publicado ensayo sobre las fuentes literarias de las que se nutren los textos de las canciones de Dylan. Algunas de esas fuentes, como ya sabíamos, eran los pioneros del blues y del country. Pero sorprendentemente muchas fuentes eran clásicas: la Biblia, Homero, Petrarca, Dante, Ovidio, etc. Y por supuesto Shakespeare, a quien Dylan nombra en una de sus canciones como „Willy the Shake“.

Ulises, Ovidio y Dante: todos ellos tienen en común que fueron exilados, peregrinos, desterrados o, como nosotros diríamos hoy, “migrantes”, igual que los africanos llevados a Norteamérica y de quienes nació el blues. También la vida de Petrarca fue un continuo peregrinaje. Con sus análisis de textos, el conferenciante demostraba que los textos de las canciones de Dylan no son originales, en el sentido de que no son propios del cantautor, sino que son recopilaciones y revoltijos, “collages” de citas dispersas de todos esos autores citados y de muchos más. Con esto, el arte de Dylan no consiste en tener una voz propia ni tampoco en dar voz a quien no la tiene (que es lo que hacía por ejemplo Martin Luther King): esas voces ya estaban ahí, pero estaban desperdigadas, como arrojadas a la playa por un naufragio o barridas por un viento desolador. Lo que hace Dylan con sus textos es recoger todos esos restos esparcidos de naufragios, y si su música resulta tan universal es, precisamente, porque la condición existencial del hombre es la de un peregrino, la de un náufrago, la de un desterrado. La originalidad del poeta, y en general del artista, no consiste entonces en decir lo que nadie ha dicho hasta ahora, sino en preocuparse por sí mismo por aquello de lo que nadie se ha preocupado hasta ahora: recoger lo disperso, hacerse eco de las voces que nadie escucha y reparar en lo que no tiene dueño.

Lo que en los tiempos de Ulises era el mar, en nuestra época son las carreteras y las cunetas y descampados, y lo que antes eran las playas hoy son los

campos de refugiados: la patria de los sin dueño, una de cuyas expresiones musicales es el country, de donde surge directamente la música de Dylan.

Las voces exiladas, desterradas, naufragadas, desperdigadas, las voces en la diáspora son las voces anónimas: las voces que están ahí pero que no se sabe de quién son. A lo mejor ni siquiera ellas mismas saben de quiénes son. Las voces sin dueño. Aquí la propiedad intelectual no pinta nada y la diferencia entre original y plagio pierde su sentido. ¿Qué tiene que ver esto con „Willy the Shake“? Que también Shakespeare escribía sus obras recogiendo las voces de su época y que también su teatro es un teatro sin dueño. Por eso no es casual que sobre la autoría de los dramas de Shakespeare e incluso sobre la propia identidad del dramaturgo se planteen los mismos debates que sobre la identidad de Homero, de quien ni siquiera se sabe si fue una o varias personas.

En nuestros frenéticos tiempos de currícula, de certificados, de títulos, de meritocracia, de puntuaciones, evaluaciones y rankings, en esta hora de la apoteosis de la vanidad, en este mundo en el que todo tiene autor y de todo queda constancia, lo que tenemos que aprender de Bob Dylan y de toda la milenaria tradición a la que él se suma es que las aportaciones no sólo más valiosas y más entrañables, sino sobre todo también las más originales, son aquellas que no tienen dueño.